

Juan de Dios Vial Larraín: *Filosofía moral*

(Ediciones Universidad Católica de Chile, 1998)

**JUAN DE DIOS VIAL LARRAÍN:
*FILOSOFÍA MORAL***

Óscar Godoy Arcaya

Bajo el título *Filosofía moral*, Juan de Dios Vial Larraín, en una instancia madura de su ya larga y fecunda vida intelectual, nos ofrece una nueva obra. Este libro apareció en abril de 1998, poco tiempo después de la publicación de su *Estructura metafísica de la filosofía*, que constituye un capítulo decantado y señero de una larga travesía a lo largo de los fundamentos de la filosofía primera. Se trata, en este caso, de un curso de ética, acerca del cual se puede decir algo similar, pues a medida que se avanza en su lectura, se experimenta esa densidad estilizada que solamente puede ser el fruto de una prolongada y rica sedimentación intelectual.

El autor empieza por situarnos en su punto de vista, en su perspectiva formal, estableciendo una distinción entre ética o moral y filosofía moral. La esfera de la ética abarca la acción humana en su discurrir fáctico; en consecuencia, ella incluye “las normas, las pautas de acción, los criterios de evaluación de la conducta humana que cualquier hombre posee aunque no sepa muy bien cuál es su origen”. En cambio, la filosofía moral reflexiona racional y articuladamente acerca de las prácticas y costumbres, para descubrir su fundamento y justificar la validez de sus principios. De

ÓSCAR GODOY ARCAJA. DOCTOR en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid, Profesor Titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

este modo, la ética es práctica, mientras que la filosofía moral es esencialmente teórica.

El curso se estructura en tres partes. En la primera, el autor nos expone la ética que emerge de la fe cristiana y cuyos hitos fundamentales encontramos en la verdad revelada a través del Antiguo y Nuevo Testamento. En la segunda, dividida en dos capítulos, se abordan las ideas centrales de la filosofía moral de Aristóteles y Kant. En la tercera, Vial Larraín enfrenta cuestiones puntuales de la reflexión moral: las relaciones entre ética y política, la función reguladora práctica de la prudencia aristotélica, la justificación de la ética y su vínculo con la realidad personal y, finalmente, la originalidad de la concepción cristiana de la idea de persona.

La ética cristiana aparece caracterizada, en definitiva, como un *ordo amoris*, según la famosa expresión de Agustín de Hipona. Ese orden amoroso encuentra su última raíz en una *felix culpa*, en la culpa originada en el deseo adánico por poseer un conocimiento prohibido expresamente por Dios: la ciencia del bien y el mal. El Evangelio —la buena nueva— es la noticia de la redención, del perdón y la reconciliación entre el Dios del Antiguo Testamento y la humanidad, manchada por esa culpa primigenia. La redención la realiza Cristo, el Hijo de Dios, hecho hombre, en un acto de amor fundante que atraviesa toda la historia de la humanidad desde hace veinte siglos. El *ethos* cristiano es una conversión al amor, que pasa por la imitación del Hijo de Dios, que renuncia a sí y ofrece su vida para cumplir con una promesa de salvación. La muerte de Cristo es la clave de la resurrección. Y, por ello, el autor nos dice, refiriéndose al evangelio de Pablo de Tarso a los romanos, que éste cuando nos dice que Cristo, con su resurrección, mata al pecado de una vez y para siempre, nos transmite el mensaje del amor de Dios, que es a la vez justicia divina. Esa justicia hace libre al hombre y le da vida para siempre.

De este modo, el Evangelio, como un nuevo Génesis, funda un *ordo amoris*.

La ética cristiana, según Vial Larraín, de acuerdo a la distinción ya expuesta, no es una filosofía moral, sino una moral “inspirada en una fe religiosa y construida sobre verdades reveladas a esa fe”. Y lo que nuestro autor hace en este curso de ética es explicarnos los hilos conductores, la articulación mayor, de la verdad revelada acerca de la relación entre Dios y su criatura humana, como un fundamento desde el cual millones de cristianos construyen, y han construido durante siglos, sus proyectos de vida, intentando adquirir un *ethos* cristiano, es decir, un *ethos* fundado en la *caritas*, en el amor, transformado en virtud teologal.

La sugerente exposición de Vial Larraín, ceñida y directa, deja una cuestión abierta (que no se refiere directamente a la fe y la creencia, que para quien no la ha recibido abre cuestiones insolubles). En efecto, al definir el carácter del cristianismo como una ética, queda en suspenso la pregunta acerca de la posibilidad de una filosofía moral cristiana. Y ello en un doble sentido. Por un lado, la índole teórica de la filosofía moral nos envía necesariamente al campo de la razón. ¿Puede la razón articular especulativamente una moral fundada en una verdad transparente solamente a la luz de la fe? La respuesta obvia es afirmativa, si se trata de establecer el orden argumental de la palabra revelada; pero las dificultades se encrespan cuando la razón se enfrenta a las fuentes últimas de ese orden discursivo, porque ellas son un misterio inaccesible. Y, por otro lado, una reflexión teórica acerca de la ética cristiana ¿constituye una filosofía moral cristiana? ¿No deberíamos, más bien, hablar de teología moral?

En la segunda parte, el lector presiente que el autor navega con el timón orientado hacia un rumbo conocido y cierto. Aquí, nuestro filósofo campea en lo suyo. Juan de Dios Vial Larraín, en dos capítulos, reconstruye con gran maestría los argumentos capitales de la filosofía moral de Aristóteles y Kant. Previamente, en la introducción a los capítulos en cuestión, hace una breve genealogía de esta disciplina, que justifica la posición fontanal que el autor les atribuye a los dos filósofos en la creación de la filosofía moral. Aristóteles funda una filosofía moral cuyo eje central es la adquisición de las virtudes para construir una vida feliz. Kant, por su lado, una filosofía moral basada en el deber. Ambos están en el punto de partida de las grandes corrientes de la filosofía moral. Eudaimonismo y deontologismo.

El discurso eudaimonístico de Aristóteles reconoce como gran marco de referencia una concepción muy firme del fin como bien. La felicidad (*eudaimonía*) es el fin tácito de cada vida humana, su proyecto profundo más radical. Es por ello que el fin, como apunta acertadamente Vial Larraín, “es un resorte primario de la vida humana”. Siendo así, la fuerza elemental donde se encuentra ese fin, en estado larvario, es el deseo. Y a partir de él, todos los segmentos de la acción humana están marcados por su tendencia a realizar un fin, que siempre se le aparece al ser humano como un bien. Esta trama teleológica (finalista) siempre apunta a un fin último, después del cual nada más puede ser deseado. A ese fin o bien Aristóteles denomina felicidad (*eudaimonía*) o bien vivir (*eu zeen*).

De acuerdo a la concepción teleológica de la acción humana, disponemos de una suerte de guía que nos permite realizar, es decir, alcanzar la felicidad, sin perdernos en el camino. Es el tema de Vial Larraín cuando se

pregunta en qué puede consistir la felicidad. Porque, si el punto de partida es el deseo, no es difícil perder la orientación. Algunos piensan que la felicidad consiste en el placer, otros en la riqueza y los honores. Pero, el movimiento de la deseabilidad no se aquieta, ni reposa, con el ejercicio o posesión de tales bienes. Ello, porque siempre hay un deseo adicional: ‘más placer’, ‘más riqueza’, ‘más honores’. Por eso nuestro autor da a estos bienes un rango instrumental. En efecto, contribuyen a la felicidad, pero no la constituyen. La felicidad desborda la dialéctica del ‘más’, porque es un bien final, sustantivo, completo y arquitectónico.

La estructura teleológica de los deseos y de los actos humanos, en suma, remata en un bien supremo que no se desea por otro, pues si no fuese así, no sería un fin final. La felicidad, de este modo, ordena y articula la vida humana, dándole un sentido. Por esta razón, como dice Aristóteles, ella es un fin o bien arquitectónico. No obstante, creo que la interpretación de la articulación de la felicidad humana con la política, se resuelve con matices distintos al que nos propone nuestro autor. El texto más esclarecedor a este respecto se encuentra en la Política (I, capítulos 1 y 2). Allí, en efecto, se dice con meridiana claridad que la ciudad (*pólis*) es una comunidad que tiene la característica esencial de poseer la extrema suficiencia para satisfacer todos los fines humanos. O sea, la extrema suficiencia para que el hombre no solamente viva, sino que viva bien. Y el bien vivir (*eu zeen*) es para Aristóteles sinónimo de felicidad (*eudaimonía*). De este modo, la ciudad es la comunidad suficiente o autárquica para la procura de la felicidad. Es por ello, que en siglo XIII, Tomás de Aquino va a denominarla *societas perfecta*. Así, si la felicidad considerada en sí misma es vida autosuficiente, la ciudad es el ámbito donde puede darse esta autosuficiencia. La ciudad política es la única comunidad que le ofrece al ser humano todos los medios para alcanzarla.

La felicidad como vida suficiente, elegida por sí misma, es una vida de perfección. ¿Cómo puede el ser humano saber lo que es la acción perfecta? La noción misma de perfección en el campo de la ética se refiere a la obra acabada, a la cual no le falta, ni le sobra nada. Se supone que el pintor o el arquitecto, cuando miran algo, un edificio, por ejemplo, distinguiendo todas las diferencias, realizan la obra propia del ver según su perfección. La obra propia, el *érgon*, de cada realidad es aquello que hay que elevar a su grado más alto de perfección. Para ello hay que cultivar y desarrollar una fuerza permanente que nos permita, siempre y no a veces, desde nosotros mismos, realizar nuestro *érgon* según su perfección. La adquisición de esa fuerza, *virtus* o virtud nos permite entrar en posesión de un *ethos*, firme como una segunda naturaleza. Ahora bien, el *érgon* propio del hombre es la

vida según la razón, y es esta vida la que hay que desplegar virtuosamente, en conformidad a su más alto grado de perfección.

Vial Larraín nos expone con elegancia la teoría de la virtud, desde la deliberación a la elección, dando cuenta cabal de una conceptualización compleja, con claridad y sencillez. Hay que destacar en esta exposición el carácter liberador de la virtud. La posesión de la virtud nos hace libres, nos dota de autosuficiencia para elegir adecuada y perfectamente, en el mar turbulento de los deseos, el bien que mejor coopera a la construcción de nuestra felicidad. No es el deseo el que dispone de nosotros, haciéndonos su esclavo o marioneta, somos nosotros los que libremente elegimos. En la última parte de este capítulo nos encontramos con un tema fundamental, aquel de la inteligencia práctica aristotélica, entendida como prudencia, *phrónesis*. La reflexión del filósofo acerca de la intrínseca unidad de la razón, y de los vínculos entre teoría y práctica, constituyen un aspecto luminoso de este curso de ética.

Kant es el segundo filósofo moral que nos propone el profesor Vial Larraín. El filósofo de Königsberg es un crítico de la razón, en tanto busca discernir las capacidades propias de la razón para conocer la verdad científica, por una parte, y un crítico de la razón, ahora en sentido negativo, en la medida que pretende denunciar los excesos de la razón a la cual apela la metafísica del racionalismo, por otra. En este contexto se inscribe su obra capital en el ámbito de la moral: la *Crítica de la razón práctica*. En ella Kant responde a una pregunta que nos remite a la esfera de la acción humana, y a la cual solamente la razón puede responder: ¿qué debo hacer?

De su análisis de los límites de la razón pura, se concluye que en su uso teórico, los filósofos racionalistas se extralimitaron, que los llevaron a transgredir sus límites. En cambio, anota nuestro autor, en su uso práctico parece que la razón “no hubiera tenido un papel que cumplir y que, en definitiva, no existiera”. Para Kant, hay una razón práctica, que no solamente es “razón pura, apriorística, tanto como lo es en el terreno teórico”. Esta razón es “eminentemente moral”, “es el fundamento mismo del orden moral, precisamente en tanto es de suyo razón ‘pura’, es decir, ajena a todo compromiso con la experiencia”. Es esta anterioridad a la experiencia la que sostiene la validez moral de la razón práctica en tanto reguladora de los actos humanos.

En definitiva, Kant sostiene que mientras para la razón pura teórica solamente hay objetos, fundado en los fenómenos, y no cosas en sí (*noumena*), para la razón pura práctica existe una cosa en sí, que no es sino ella misma como libertad. El hecho (*factum*) que la razón por sí misma sea práctica, “es lo que constituye la libertad que instaura el orden moral”. A

través de la distinción entre fenómeno y cosa en sí, Kant resuelve la antinomia entre naturaleza y libertad.

El punto central, según Vial Larraín, de la argumentación que se nos propone se refiera a aquello que patentiza ese *factum* que Kant reconoce en la libertad. Se trata de que el ser humano se siente obligado o bajo la carga de un deber; “hay, en efecto, cosas que siente que debe hacer y otras que no debe hacer”. Tal conciencia del deber entraña el reconocimiento de la ley moral. “Somos libres, nos viene a decir Kant, precisamente porque asumimos algo como un deber nuestro”.

Nuestro autor cita un texto de Kant en que se define con meridiana claridad la función trascendental de la razón pura práctica, que por ser una cosa en sí, dotada de consistencia y objetividad, es la plataforma desde la cual conceptos que son meras ideas para la razón pura especulativa (Dios, inmortalidad) adquieren “realidad objetiva”: “su posibilidad queda demostrada por el hecho de que la libertad es real; pues esta idea se manifiesta por medio de la ley moral”. La crítica a la metafísica racionalista, que niega realidad natural a los objetos metafísicos, según Vial Larraín, “deja espacio a la pura fe para construirlos”. Ello pone una probable impronta irracionalista antiespeculativa, pero práctica y política, que marca a la teología moderna. Y también subyace al voluntarismo de autores modernos como Fichte, Marx, Schopenhauer y Nietzsche. Kant deniega realidad natural al alma humana y a Dios, sin negarlos o desconocerlos. Abre espacio a la fe. Y, a la vez, concibe a la libertad como la fuente de la realidad suprasensible del orden moral.

El concepto de ley kantiano incluye el fundamento de lo que su autor denomina “postulados”, que son verdades que aunque no se demuestran, son corolarios que derivan de una ley. Y es la razón práctica, en tanto ley, y cuya esencia es la libertad, el suelo desde el cual fluyen los postulados de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. De este modo, la ley moral encuentra un fundamento que escapa a la razón pura teórica, pero que reposa firmemente en la razón pura práctica. Kant, en suma, no afirma que tales realidades sean meras proyecciones de la subjetividad humana o construcciones arbitrarias de la misma razón, sino realidades que se hacen presentes de un modo no demostrativo (deductivo) a la racionalidad humana.

Me he detenido más de la cuenta en este capítulo, porque considero incitante y esclarecedor el trabajo de su autor en torno al tema de Dios y el alma humana. En el resto del mismo, el profesor Vial Larraín nos expone con claridad cómo la libertad opera sobre la voluntad, determinándola como un principio universal, cada vez que ella precipita el acto moralmente

recto. Y, en fin, resume con precisión la concepción de Kant acerca de la persona humana como un fin en sí mismo (y la correlativa prohibición absoluta de tratarla como un medio), que es una de las bases de la ética y la política contemporánea.

Tal como lo dijimos al comienzo de esta revisión, en la tercera parte del libro se abordan varios temas éticos de gran proyección contemporánea: entre ellos, deseo destacar y recomendar especialmente dos. Uno de ellos se refiere a la teoría de la prudencia como inteligencia práctica. El otro, a la concepción original de la idea de persona.

En el primero, Vial Larraín reivindica la concepción tradicional de la prudencia como virtud arquitectónica, como virtud que articula, organiza y da sentido, no solamente a la vida individual, sino a la vida ciudadana o pública. La prudencia es la “capacidad” de conducir las fuerzas de las pasiones a través de la “selva oscura, que decía Dante, para darle a la propia vida su plena realidad”, nos dice nuestro autor, una vez que ha desplegado cuatro grandes tesis que esclarecen la concepción aristotélica de la prudencia como inteligencia práctica. El breve ensayo, que cierra el libro, titulado “Concepción original de la idea de persona humana”, contiene una fina reflexión en torno a la definición de persona que debemos a Boecio: “Persona se dice propiamente de la sustancia individual de naturaleza racional”. Nuestro autor sitúa la definición en el contexto discursivo boeciano, la doble naturaleza y única persona de Cristo, y hace gravitar en torno suyo la construcción cristiana de la noción de persona. De este modo, exhiba el aporte originalísimo del cristianismo a una concepción fuerte de persona y a su actual significación, en distintos ámbitos de la vida colectiva, tales como los derechos humanos, la cultura y la democracia.

Este libro de Juan de Dios Vial Larraín, *Filosofía moral*, es una valiosa contribución a la reflexión ética de nuestros días, carentes y necesitados de norte. No porque contenga fórmulas para ser feliz, bueno o virtuoso, sino porque nos muestra que la felicidad, la bondad y la virtud son tareas de una difícil construcción ética de sí mismo. Se trata, en suma, de un libro que nos ayuda a responder a los problemas prácticos de la vida cotidiana, a las demandas complejas de nuestros proyectos de vida y al sentido trascendente de la vida moral del ser humano. Y, al mismo tiempo, es una obra que nos ilustra, nos permite saber más acerca de los orígenes de la ética cristiana y las fuentes de la filosofía moral de todos los tiempos. □